

gún inconveniente: yo llegaré muy pronto; pero á la vez que he mandado á mis criados os esperen en la casa que váis á hacerme el honor de ocupar, he mandado también que me dispongan una habitación en un hotel cercano.

»Decid á Misstris Rawlings que no le perdono la visita; y á Gustavo, que si vos lo permitís y los negocios de la casa lo consienten, tendré un placer en que tome posesión de una habitación que he mandado también prepararle.

»Hasta la vista, amigo mío: mil recuerdos á Mme. Restaud y á Sofía, de las cuales soy, como vuestro, amigo afectísimo

AGUSTO COTTIN.»

Veinte días después de recibir esta carta, Mr. y Mme. Restaud, acompañados de Sofía y de Misstris Rawlings, partieron para París y se instalaron en la linda habitación que ocupaba Augusto en la calle de Babilonia.

Teresa quedaba en Burdeos, culpando amargamente la conducta de su hermano, que llevaba á su esposa *á la casa del hombre que la amaba*, y á Adela, que había tenido la *hipócrita maña* de convencer á su marido de lo que ella deseaba.

Gustavo, desesperado con la marcha de Sofía, se encerró en el escritorio, á fin de hacer más cortos por medio de un trabajo asiduo los días que debía tardar en ir á París, según las órdenes de su tío, que le concedía también el que fuese á pasar unos días á su lado.

## X

Era una helada noche del mes de Enero; el cielo sereno no estaba empañado por la más ligera nube; la luna brillaba con toda su bella claridad en medio del firmamento é iluminaba las fachadas de las casas de París, cuyos balcones estaban herméticamente cerrados.

A través de las puertas de cristales de las tiendas y los cafés se escapaban raudales de viva luz; pero muy pocas personas se veían transitar por las calles, á pesar de no ser más que las nueve, pues helaba á la sazón de esa manera intensa y amarga que hace pensar en los mendigos, en los desvalidos, y hasta en los pobres animalitos expuestos á la intemperie por descuido ó dureza de sus amos, ó acaso por carecer de ellos.

Una silla de posta, bien cerrada, y que rodaba con rapidez, entró en la calle de Babilonia: los postillones, envueltos en sus capotes forrados de pieles, detuvieron el soberbio tiro, y la gran puerta de encina de un palacio se abrió, apareciendo el conserje con su gorro en la mano.

El coche entró en el gran patio; la portezuela se abrió, y un hombre saltó al suelo.

— Buenas noches, Jolivet, dijo al conserje; cubrios la cabeza, que hace mucho frío.

—¿Llega el señor con buena salud? preguntó Jolivet; con respetuoso interés.

—Excelente, pero molido del viaje: ea, retiráos; ya hay luces arriba; Santiago, sube delante, y que abran mi cuarto sin ruido; no quiero molestar á los señores Restaud, si tienen gente ó están en familia; me servirás algún fiambre y me acostaré al instante.

En tanto que el viajero hablaba así, algunos criados con luces habían ido apostándose en la escalera: los postillones desengancharon, metieron el tiro en la caballeriza y proveyeron á su cansancio y á la reparación de sus fuerzas.

Los criados recibieron á Augusto con mil demostraciones de afecto: él los saludó asimismo con la dulce benevolencia que formaba el fondo de su carácter, y entró en su cuarto, despojándose al instante de su redingote de viaje.

—Los señores de Restaud, ¿se hallan en casa? preguntó á su segundo ayuda de cámara.

—No señor, respondió éste; Mr. y Mme. Restaud han ido al teatro; la señorita se ha quedado en casa con su aya.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del banquero, pero guardó silencio.

—¿Está enferma la señorita Restaud? preguntó al cabo de algunos instantes.

—Se quejaba de la cabeza, según me ha dicho la doncella de Mme. Restaud.

—¿Se halla acostada?

—Creo que sí, señor.

—Está bien: servidme sin ruido algo en el comedor; y tú Santiago, vé á avisar al hotel Inglés, que voy dentro de una hora.

—¿No duerme ya aquí el señor esta noche?

—¡No! he pensado otra cosa: mi habitación debe estar allí dispuesta, y no quiero esperar á mañana: vé tú y espérame.

Santiago salió de mala gana.

Su amo, sin despojarse de su traje, se puso á pasear con aire pensativo por el aposento.

A la tercera vuelta, apareció su segundo ayuda de cámara y dijo:

—El señor está servido.

Mr. Cottin se dirigió al comedor: antes de llegar á éste se hallaba una salita donde Augusto tenía una pequeña biblioteca, que usaba más que la grande, colocada á la espalda de su cuarto de trabajo: por la puerta entreabierta de aquella sala se escapaba un rayo de luz. Augusto acercó á ella su cabeza, y ahogó un grito de sorpresa que acudió á sus labios.

Acostada graciosamente en un diván de seda dormía una jovencita que su corazón reconoció al instante: era Sofía: su peregrina cabeza rubia estaba reclinada en un almohadón moruno, y algunos largos rizos desprendidos del peine de concha que sujetaba sus cabellos se extendían por su espalda y hombros.

Sobre una mesa redonda colocada delante del

diván se veía un libro abierto, donde había leído, á no dudar, Sofía antes de entregarse al sueño; una lámpara de plata ardía sobre la misma mesa. Sofía estaba vestida con un traje de abrigo, de colores vivos á grandes flores; la manga hueca del hombro prestaba á la forma infantil de su espalda una graciosa anchura, y bajaba hasta ceñir con una sencillez enteramente virginal su preciosa mano: por debajo de los pliegues de la falda salían sus pies, calzados con brodequines de raso azul oscuro, más pequeños que los de una niña de nueve años; una gola de batista, alta por detrás, se abría graciosamente por delante para dejar ver su garganta, ceñida con una cinta de terciopelo negro, de la que pendía una cruz de oro semejante á las de las jóvenes neerlandesas, y un cinturón también negro, abrochado con una grande hebilla de oro, ajustaba su talle fino, pero no excesivamente delgado.

Sofía estaba verdaderamente hermosa; su pura frente, blanca como el nácar y guarnecida de cabellos rubios y rizados; sus grandes ojos azules cerrados, y guarnecidos de seda oscura; su nariz fina y pequeña, y su boca que se asemejaba á un arco de coral rosa húmedo y caprichoso, formaba un conjunto tan atractivo, que era imposible defenderse de su encanto.

Dormía con la inocencia y el abandono de su cercana infancia, con la gracia natural de su presente adolescencia; y cerca de ella, sepultada en

un ancho sillón, dormía también con profundo sueño Misstris Rawlings, vestida con su invariable traje negro y su nevada papalina.

Augusto sintió en su corazón una emoción deliciosa al ver á Sofía: aquella niña, hacía un año que vivía dentro de él; en sus viajes, en sus distracciones, la imagen de Sofía flotaba siempre y sobre todo, luminosa y pura: arrodillóse al lado del sofá, y tomó con cuidado la mano que la niña tenía caída, llevándola apasionadamente á sus labios: á aquella presión Sofía hizo un movimiento y llevó á la frente la otra mano, dejando escapar un ¡ay! de dolor: era evidente que padecía y que ni aun en el sueño hallaba alivio: Augusto conservó entre las suyas la mano de Sofía, y la contempló durante algunos instantes en mudo arrobamiento.

El tiempo pasaba sin que el banquero se apercibiese de ello; de repente, un dolor más agudo que los otros azotó las sienas de Sofía, y abrió los ojos, dando otro quejido.

Su primera mirada se fijó en el hombre que se hallaba arrodillado á sus pies y que tenía su mano; pero ni el temor ni el asombro se pintaron en sus ojos: la gratitud inundó su alma como un torrente impetuoso, y dejando escapar un grito de alegría, se incorporó y echó ambos brazos al cuello de Augusto.

— ¡Ah! exclamó; ¡Dios mío, Dios mío! ¡sois vos, bienhechor de mi padre! ¡vos, vos aquí! ¡y papa

y mamá que están en el teatro! ¡aya, aya mía, que vayan al instante á buscarlos!

Sofía se había levantado y estaba sentada y abrazada á Mr. Cottin, como la hiedra al olmo: nada había en aquel extremo lleno de ternura, que ofendiese á la más pura moral: el agradecimiento desbordaba de aquel corazón infantil; la santa alegría del que halla lo que durante largo tiempo ha buscado, brillaba en los ojos de Sofía, que lanzaban rayos de ternura y derramaban esas menudas lágrimas, brillantes como gotas de rocío que salen de los ojos infantiles y que se convierten en gruesas y opacas como las gotas de la tempestad cuando se llega á la edad madura: con la cabeza echada hacia atrás y la frente coronada de rubios rizos y brillando de entusiasmo, Sofía presentaba el más bello ideal del sentimiento y de la gratitud.

Deshizose por fin el amante lazo que sus brazos habían echado al cuello de Mr. Cottin: el dolor fijo en su cabeza creció con la fuerte conmoción que había experimentado, y cayó, lanzando un gemido, en los brazos de Misstris Rawlings, que había acudido á sostenerla.

Augusto besó la pequeña mano de Sofía, que abrasaba, y salió de su casa, dirigiéndose al hotel Inglés y dejando á Mlle. Restaud entregada á los inteligentes cuidados de su aya, seguro de que el reposo aliviaría su dolencia.

## XI

Una aguda fiebre atacó á Sofía aquella misma noche: la jaqueca nerviosa, aumentada con la fuerte conmoción que le produjo la inopinada vista de Augusto, encendieron en su sangre, rica de vida y de fuerza, un fuego devorador: sus padres se situaron á la cabecera de su lecho, y el mismo Augusto sólo iba al hotel á dormir, volviendo al instante al lado de la joven enferma.

Al lado de aquel lecho creció y se robusteció el amor que desde hacía tanto tiempo profesaba á aquella frágil criatura: en sus viajes, en medio de sus diversiones, lo mismo que de sus dolores, la imagen delicada y graciosa de aquella niña se hallaba siempre delante de sus ojos, y más de una vez, al ir á caer en los desórdenes de la orgía y del juego, la imagen de Sofía había venido á libertarle de ellos.

Gustavo llegó á Paris, no bien tuvo noticia de la enfermedad de su prima: casi se alegró de esta dolencia, que justificaba su salida de Burdeos antes de recibir, para verificarlo, las órdenes de su tío: amaba profundamente á la hija de la casta, la noble, la dulce Adela de Blaye, hermana de su